de Europa

O.P.E.
11, AVENUE MARCEAU
PARIS-XVII
TEL: 77-77
42-09

4

LA CARTA PASTORAL DE MONSEÑOR FILDAIN,
OBISPO DE CANARIAS.

Por considerar de interés, reproducimos a continuación el texto íntegro de la Carta Pastoral publicada por Monseñor Antonio FILDAIN, Obispo de Canarias, en Septiembre de 1946, titulada: "ANTE EL GRAVISIMO PROBLEMA DE LA CARESTIA DE LA VIDA".- TRES DEBERES FUNDAMENTALES. Dice así:

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

La Gracia y la Paz de Nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros.

En Consejo de Ministros ha acordado el Gobierno la adopción de medidas conducentes al abaratamiento de las subsistencias.

A fé que pocos acuerdos pueden encajar más de lleno en el cuadro de los deberes de un Gobierno.

"La protección o custodia del público bienestar es no sólo la ley suprema, sino el fin único, la razon total de la soberanía que ejercen los que gobiernan", decía León XIII.

Quienes no se percatasen de ello, demostrarían no tener conciencia de su deber más transcendental.

Ahora bien: uno de los elementos materiales más indispensables para el bienestar público es el de las subsistencias.

"Donde no hay harina, todo es mohina" dice en su grafismo clásico el refrán.

Porque donde no hay harina, hay hambre, y donde reina el hambre impera la ansiedad, el decaimiento, la enfermedad, la desesperación. Todo, menos el bienestar.

Hasta la paz misma, con hambre no es paz, sino desolación. "Solitudinem faciunt, pacem appellant", decía Tácito, retratando a los bárbaros.

De ahí que uno de los primordiales deberes de todo gobernante sea el de impedir el hambre.

Y no puede menos de haberla donde hay ciudadanos carentes de las subsistencias indispensables para saciarla.

No importa que, junto a ellos, haya otros a quienes nada falta porque disponen de sobrados recursos para hacerse con todo lo que se exhibe en los escaparates, o se vende en el mercado negro, por elevado que sea su coste.

.../...

Antes, al contrario, la hartura de estos privilegiados no hará si no colmar la exasperación que el hambre produce a los primeros, tan ciudadanos, por otra parte, como éstos otros. Y con derecho más destacado a que se cuiden de ellos los gobernantes con mayor esmero.

Los gobernantes, en efecto "deben proteger a los individuos o partes de la sociedad, porque la filosofía, igualmente que la fé cristiana convienen en que la administración de la cosa pública está por su naturaleza, ordenada, no a la utilidad de los que la ejercen, sino a la de aquellos sobre quienes se ejerce".

"Pero debe además tenerse en cuenta otra cosa que va más al fondo de la cuestión y es ésta... que son los proletarios con el mismo derecho que los ricos y por su naturaleza; ciudadanos, es decir, partes verdaderas y vivas de que, mediante las familias, se compone el cuerpo social, por no añadir que en toda ciudad es la suya la clase sin comparación la más numerosa. Pues como sea absurdísimo cuidar de una parte de ciudadanos y descuidar otra, síguese que debe la autoridad pública tener cuidado conveniente del bienestar y provechos de la clase proletaria; de lo contrario violará la justicia, que manda dar a cada uno su derecho". (León XIII).

Nada pues más justo y laudable que el acuerdo adoptado en Consejo de Ministros de procurar por todos los medios el abaratamiento de la vida.

Nada más lógico y equitativo que el requerir la colaboración ciudadana para la mayor eficacia de las medidas gubernamentales.

Nosotros, por nuestra parte, dispuestos estamos, ayudados por Dios, a aportar nuestra colaboración modestísima, pero sincera, a la solución de ese problema de la carestía que tiene sumidas en situación de trágica angustia a millares y millares de familias.

Ahora bien: La primera, la más propia y característica de las colaboraciones que en este orden puede aportar un obispo es la de la predicación clara y sin rebozo de toda la verdad; y más en concreto, de los mas fundamentales deberes de la Moral Cristiana sobre la materia.

Vamos pues a recordar tres de esos deberes, tan capitales que su incumplimiento es incompatible con la solución del problema: tan ineludibles que su preferición acarrearía indefectiblemente la ineficacia de toda la colaboración ciudadana mejor intencionada, a la par que el fracaso rotundo de los propósitos gu-

..../....

bernamentales, con todas las consecuencias, de caracteres trágicos algunas de ellas, que ese fracaso pudiera causar y de las que, bien a tiempo, y bien solemnemente por cierto, nos tiene advertidos la Santa Sede.

".... si los artículos de primera necesidad no pueden comprarse sino a precios exagerados.... todos entendemos cuánto se depriman los ánimos de los cónyuges, cuán difícil se les haga la convivencia doméstica y el cumplimiento de los mandamientos de Dios, y también a qué grave riesgo se exponen la tranquilidad pública y la salud y la vida misma de la sociedad civil, si llegan estos hombres a tal grado de desesperación que, no teniendo nada que perder, crean que podrán recobrarlo todo con una violenta perturbación social". (Pío XI).

Ante problema de tamaña gravedad y transcendencia, comprenderéis que estamos dentro de nuestro derecho y de nuestro deber más sagrados, al predicar los deberes cuyo cumplimiento, como hemos dicho, es absolutamente indispensable para la solución de aquel.

Nosotros, a nuestra vez, comprendemos que ello "es más que nunca arduo e ingrato en época de agitación y de crisis; pero, por lo mismo, es también debidamente importante y urgente el deber, siempre grave, que incumbe a la Iglesia de inculcar a todos el sentido de la responsabilidad, en frases de N.S. Pedro el Papa Pío XII.

Del mismo Papa que, por medio de su Secretario de Estado, se ha complacido en recordar y enaltecer las célebres lecciones del insigne maestro Fr. Francisco de Vitoria. De Vitoria que -como ha dicho por su parte nuestro Emmo. Sr. Cardenal Primado- "se nos ofrece como ejemplar perfecto de actualidad que, sobre todo en las doctrinas prácticas y morales, ha de tener el magisterio católico; de Vitoria que nos da también el gran ejemplo de serenidad científica, huyendo de chauvinismos patrióticos y exagerados nacionalismos, al formarse el imperio hispánico del siglo XVI, y de independencia de criterio al resolver cuestiones que pudiesen afectar al César, que era entonces el gran Carlos V"; de manera que "los que hacemos profesión de discípulos de Vitoria no hemos de dejar amordazar nuestra lengua ni por insultos demagógicos plebeyos ni por cadenas férreas o áureas de Césares, pues tal independencia es la más acrisolada lealtad que puede profesarse".

Vamos pues a recordar, con la gracia de Dios, los tres deberes fundamentales, cuyo cumplimiento es imprescindible para la solución del problema actual, tan grave como inaplazable, de la carestía de la vida.

-I-

EL DEBER DE CONDENAR A LOS "NUEVOS CAINES"

Así, con esta calificación tan grave, tan acerada y tajante ha anatematizado el Padre Santo a esa caterva de explotadores del hambre y de la miseria ajenas, a quienes, entre nosotros, suele designarse con el semijocosos y ruletesco epíteto de "estraperlistas"

"NUEVOS CAINES".

"Nuevos Caines", que "en la inmensa calamidad en que hoy ha caído la familia humana, no ven más que una ocasión propicia para enriquecerse deshonestamente, explotando la necesidad y miseria de sus hermanos, alzando indefinidamente

te los precios para procurarse ganancias escandalosas".

"Mirad sus manos: están manchadas con sangre, con la sangre de las viudas y de los huérfanos, con la sangre de los niños y de los adolescentes, imposibilitados o retrasados en su desarrollo por la desnutrición y por el hambre; con la sangre de mil y mil desgraciados de todas las clases del pueblo, de las que se han hecho verdugos con su innoble mercado".

"Esta sangre, como la de Abel, clamó al cielo contra los nuevos Caínés; sobre sus manos queda la mancha ineludible, como en el fondo de sus conciencias queda imperdonable el delito, hasta que lo hayan reconocido, llorado, expiado y resarcido en la medida en que se puede reparar un mal tan grande".

Así ha hablado el Papa. Nada tiene por tanto de extraño que "Signo" el valiente semanario nacional de la Juventud de Acción Católica Española y a propósito de "la batalla de precios que parece ser se inicia ahora en España", haya escrito estas vibrantes palabras:

VIBRANTES PARRAFOS DE "SIGNO"

"Estamos, desde luego, al lado de los Poderes públicos en esta batalla contra la insaciable codicia de quienes no reparan en medios para enriquecerse injustamente. Pedimos desde aquí que no se puede conciliar la condición de católico con la de fomentador del mercado negro. Sabemos muy bien que hay miles y miles de personas enriquecidas poco menos que de la noche a la mañana por esa modalidad del robo que es el "estraperlo", y no ignoramos el señuelo tentador que supone tan desdichado ejemplo para muchos pobres de medios y de escrúpulos y advertimos la gravedad moral del problema que, por triste añadidura, sume en la escasez y en la miseria a millones de españoles honrados. Pero queremos advertir que si en el orden legal el delito debe ser considerado como muy grave y no deben ahorrarse enérgicos medios para extirparlo, en lo moral, el "estraperlo" supone la más profunda ofensa a los deberes que todo buen cristiano tiene para consigo mismo y para su prójimo.

"Nos duele que millares de compatriotas nuestros sufran por la avaricia traidora de unos cuantos. No hemos de protestar ante la dureza de las sanciones que se impongan y no merecerá nuestra compasión quien, a sabiendas del gravísimo daño que infringe a la Patria, persista en su punible conducta. Al lado de los Poderes públicos, repetimos, pero con el ferviente deseo de que ellos den ejemplo. Que se administre con justicia y rectitud. Y que sea quien sea quien burle la ley y condene al hambre a sus compatriotas, sea castigado ejemplarmente.

"Pedimos a los católicos no otorguen la menor complacencia a ese mal que corroe nuestra Patria, que lo traten como a una peste contagiosa, que lo aislen y lo extirpen".

UN VALEROSO ARTICULO DE "PUEBLO"

A su vez el diario "Pueblo" según refiere "Falange", ha escrito el siguiente artículo no menos vibrante.

"Reconozcamos que desde hacía mucho tiempo no se había producido en la opinión pública un estado de expectación, de ansia, como el que ha originado la decisión del Gobierno en cuanto al abaratamiento de la vida. El tema -valga el

tópico- es de palpitante actualidad. ! Y cómo no ha de serlo si en él va la tranquilidad y hasta la felicidad de muchos hogares y la solución de no pocas cuestiones de interés público! Estamos seguros de que el Gobierno no habrá de limitarse a una mera declaración platónica. Como vulgarmente se dice; hay que coger al toro por los cuernos. Caiga quien caiga y pese a quien pese, La situación -por que negarlo?- es demasiado seria y grave para que nadie se permita el lujo de frivolar. Hay que abaratar la vida; si para ello es menester que la legislación castrense, dura e inexorable, alcance a los especuladores, que no se vacile un momento. Están en litigio vidas de niños desnutridos y la tranquilidad de hogares angustiados. Ante tan altos intereses ! qué más dá que los especuladores, tengan fuerza y manejen en el mercado negro toda una poderosa red de maldades! Queremos que el Gobierno -y es disculpable esta nuestra audacia por la alteza que la inspira- no aplase la puesta en marcha de sus propósitos. Desde que los ministros se dedican al estudio del problema de abastecimientos han subido ya varios artículos. Se nota en ciertos sectores -limitados por la avaricia y por la falta de conciencia- resistencias, más inconscientes que temerosas. Estamos convencidos de que nada ni nadie detendrá la decisión del Consejo de Ministros. Porque la estrechez es muy mala consejera, y el pueblo ansía el abaratamiento de la vida eficaz y rápido".

COMO HA DE HABERSE LAS EL ESTADO
CON LOS NUEVOS CAINES.

Por consiguiente y como lo dice el órgano de la J.M. de A.C. "al lado de los Poderes públicos, repetimos, pero con el ferviente deseo de que ellos den ejemplo".

Ejemplo del cumplimiento de sus deberes ante todo.

No hablamos del deber de prohibir inexorablemente el que se exporten artículos de primera necesidad, mientras no esté suficientemente abastecido de ellos el mercado nacional. Rarísimamente podrán darse tan altas y poderosas razones estatales que permitan lo contrario.

Tampoco nos detengamos en subrayar el gravísimo deber gubernamental de yugar el cinismo con que los especuladores del hambre ajena ofrecen a ojos vistas, en grandes cantidades y a precios exorbitantes, los mismos artículos cuya exclusiva se ha reservado el gobierno y de los que tan sólo en cantidades abiertamente insuficientes se le provee al ciudadano mediante la cartilla del reparto.

Ni nos adelantamos a recordar el inexcusable deber de no provocar sino de impedir la depreciación de la moneda, por incompatible con la tasa establecida para algunos artículos indispensables.

Atengamos al deber á que se refiere "Signo" de "que se administre con justicia y rectitud, y que, sea quien sea quien burle la ley y condene al hambre a sus compatriotas, sea castigado ejemplarmente". "Caiga quien caiga y pese a quien pese" como dice "Pueblo". Porque, en efecto, qué menos y qué más justo podemos pedir sino que el Estado, a quien le compete por oficio, haga pesar toda la fuerza de su brazo sobre estos explotadores de la miseria del pobre, sobre estos cínicos sin entrañas que "en la inmensa calamidad en que hoy ha caído la familia humana no ven más que una ocasión para enriquecerse deshonestamente", sobre estos criminales desalmados que no piensan sino en alzar indefinidamente los precios de las cosas para procurarse ganancias escandalosas, y a cuyos precursores el gran teólogo y Santo Arzobispo de Florencia San Antonino, usando del vigoroso lenguaje heredado de los Santos Padres y tan reciamente compartido

por los obispos y teólogos de su época, denominó "bestias feroces".

Fues, qué menos que acrrralarlas y castigarias inflexible ha de hacer con ellas el Estado a quien está encomendada la defensa de la justicia y el guardarla sobre todo a los pobres, a los débiles, impidiendo a todo trance el escándalo desmoralizador y anarquizante de que los pobres vean medrar y regodearse a gentes que han tomado por norma la injusticia y por oficio la explotación?

"Estamos seguros -decía el segundo de los periódicos citados- de que así se hará. De que la política de restricciones de gastos públicos que se impone ha de ser examinada con gran cuidado; que se facilitarán los medios de transportes precisos, y que se atacará al agio y al estraperlo con toda violencia, sin contemplaciones, con máximo rigor. Pero qué es ésto? Puede volerarse que unos cuantos desalmados -que han ganado por oposición el presidio- puedan seguir viviendo como príncipes a costa de la angustia de muchos españoles, acaso los mejores españoles? Estén donde estén, sean quienes sean, hay que hacerles comprender que el delito de lesa patria que perpetren va a tener su sandión".

Por eso debe el Estado poner mano dura, inflexible sobre ellos. Tanto más cuanto que, de lo contrario, el pueblo le considera criminal cómplice de los mismos.

SOBRE TODO SI LO SON SUS PROPIOS
FUNCI ONARIOS.

Pero, si el Estado ha de impedir con pleno prestigio de autoridad todo negocio inmoral a los ciudadanos, menester es que los impida severo y los castigue inflexible, sobre todo, en sus propios funcionarios.

Porque el que un ciudadano particular realice este género de negocios que tiene tan trágicas repercusiones de desnutrición, depauperación y tuberculosis en la familia del obrero, es abyectamente criminal.

Pero si esta ralea de negocios los realizasen los propios funcionarios del Estado, encargados de velar por el bienestar social, el crimen sería incomparablemente más execrable.

Y adquiriría el grado supremo si fuesen funcionarios de abastos los que lo perpetrasen. Esto es, si fuesen ellos mismos los que, prevaleándose de su oficio y escudados en él, hiciesen llegar al mercado negro, para ser vendidos a precios de usura, los artículos mismos de los que debieran ser fidelísimos depositarios y distribuidores.

Crimen de tan odioso y hedionda catadura que sólo podría compararse al que cometiese el Estado: que, con el fin de evitar la carestía, se erigiese en monopolizador de artículos de primera necesidad, para luego venderlos a precios más altos que los de coste, o hacer que algunos privilegiados suyos los vendiesen a precios mas caros de los que tendrían en régimen de venta libre. Esto equivaldría a constituirse él, al que le está confiada la soberana misión de velar por los derechos de sus súbditos, y de sus súbditos más necesitados sobre todo, en verdugo sin entrañas de los mismos, al traficar con artículos de primera necesidad, absolutamente indispensables a los que no tienen otros para sustentar su vida, perpetrando de ésta suerte el más negro crimen que pueda perpetrarse; crimen tan vil y nefando, que, si no hay pruebas, no cabe sospechar siquiera que haya, en el mundo, Estado dispuesto a cometerlo.

EL DEBER DE ATAJAR EL FUNCIONARISMO Y LA INFLACION.

Acabamos de afirmar, como habéis visto, que eso de que los propios Estados, invocando la necesidad de tutelar el público bienestar, el de las clases pobres sobre todo y de evitar, por lo tanto, la carestía; se erigiesen en monopolizadores de los artículos de primera necesidad, para, aprovechándose precisamente de este monopolio, encarecerlos, constituiría un crimen de tan monstruosa laya, que, sin pruebas, no cabe ni sospecharlo.

LA INFLACION MONETARIA

Otro crimen hay, sin embargo, de consecuencias no menos lamentables para la economía de las clases modestas sobre todo, y en el que incurren, sin embargo, no pocos Estados, en un afán de hipertráfico funcionarismo que está en abierta oposición con los postulados de la doctrina social católica.

Estados, como la casi totalidad de los modernos que, atacados de megalomanías capitalistas, políticas o pretorianas, necesitan fabulosas cantidades de dinero para mantener sus gigantescas máquinas estatales, centralizadoras y absorbentes.

Pero como por mucho que extraigan y ahonden en la mina de los impuestos, no pueden hacerle producir todo el volumen de dinero indispensable para llenar las maletas con que a principios de cada mes acuden al Banco Nacional, con el correspondiente vale de la Delegación de Hacienda, los Habilitados de los diversos organismos oficiales, y, por otra parte, los empréstitos con que de momento se quiso remediar el déficit de los impuestos, no han hecho sino agravar la situación, sobreviene la inflación, cuyos resultados son siempre los que ya en su tiempo, delineaba nuestro gran Balmes, cuando escribía:—" la moneda crece nominalmente, pero permanece la misma en realidad: la ley le señala un valor mas alto de lo justo, pero los interesados elevan en la misma proporción los precios, reduciendo de esta suerte la estimación del dinero y esforzándose en restablecer el debido equilibrio. De esto dimana la alteración de todos los valores; el trastorno en todas las relaciones mercantiles, el desorden, la desconfianza, y por consiguiente la miseria del pueblo".

REPERCUSIONES DE LA INFLACION EN LA MISERIA POPULAR.

Porque, efectivamente, sobre las que mas dolorosamente vienen a recaer las consecuencias de este lamentable fenómeno viene a ser precisamente sobre las clases populares.

Y a la verdad: la duplicación o triplicación del precio de los artículos de primera necesidad, como el pan, el gajo o las patatas, pongamos por caso, impondrá quizás una merma en el presupuesto que para gastos de lujo pure tiene consignados una familia acomodada. A paso que esa misma elevación dá precios para la pobre viuda o las huérfanitas que no disponen sino de tres o cuatro pesetas día

rias de renta del capitalito que les dejó su padre, o, para el pobre obrero con mujer e hijos y unas pesetas de jornal, representa la reducción a su mitad o a su tercera parte de la ración de pan, de gofio o de patatas, que son para ellos indispensables e insustituibles artículos de primera necesidad, de los que irremediablemente necesitan para poder subsistir, con las trágicas consecuencias de depauperación económica, fisiológica y patológica que les acarrea su encarecimiento.

Es decir: que la inflación monetaria provocada por los gastos enormes de un Estado excesivamente burócrata, centralista y absorbente, supone y acarrea a los centenares de miles de familias y millones de ciudadanos que componen las clases medias, obreras y populares, la escasez, el hambre, la depauperación, el raquitismo, la tuberculosis, la muerte.

Y todo ello, provocado y acarreado por el Estado y sus gerentes para quienes la "protección o custodia del público bienestar es no solo ley suprema, sino el " el fin único, la razón total de la soberanía que ejercen."

LA HIPERTROFIA FUNCIONARIA Y TRES PUNTOS FUNDAMENTALES DE LA MORAL CATÓLICA.

Y, sin embargo; a eso, tan nefando, incongruente e injusto, les arrastra a los Estados modernos, su hipertrofia funcionaria, eso es, el afán de adjudicarse y absorber funciones --que pudieran estar, al menos en gran parte, desempeñadas y mejor desempeñadas por individuos o entidades particulares o por organismos inferiores-- y el empeño de sobrecargar cada uno de los organismos estatales de un exceso de personal, innecesario, por ende.

Y como esto se lleva a cabo, en ocasiones, con tranquilidad reveladora de una inconsciencia tan absoluta que no cae en la cuenta de que en ello se están influyendo gravísimos deberes de justicia, es menester que los que hemos recibido la sublime misión de predicar la verdad y enseñar la moral a todos, gobernantes y gobernados, recordemos los principios fundamentales de la doctrina católica sobre la materia. Y ello, sin retóricas ni tecnicismos: en la sencilla forma de puntos catequísticos.

EL EXCESIVO NUMERO DE FUNCIONARIOS.

I.-- NI EL ESTADO NI NINGUNA DE LAS CORPORACIONES TIENEN DERECHO A MULTIPLICAR SIN NECESIDAD EL NUMERO DE SUS FUNCIONARIOS.

En efecto: el Estado y sus Corporaciones que tienen el derecho y el deber de crear y mantener los funcionarios indispensables para el buen régimen de sus servicios, no tienen facultades ni derecho de crear cargos para que sean una mera sinecúra para sus usufructuarios.

Evidente que debe haber funcionarios y funcionarios debidamente retribuidos. "De necesidad --escribía Leon XIII-- habrán de hallarse unos que gobiernen, otros que hagan leyes, otros que administren justicia y otros, en fin, que con su consejo

"y autoridad / manejen los negocios del Municipio o las cosas de la guerra. Y que estos hombres, así como sus deberes son los más graves, así deben ser en todo el pueblo los primeros, nadie hay que no lo vea; porque ellos inmediatamente, y por excelente manera, trabajan para el bien de la comunidad".

Repetimos que ello es evidente. Pero evidente también, al propio tiempo, que ni el Estado ni ninguna de sus Corporaciones Centrales, Provinciales o Municipales tienen derecho a nombrar ni a mantener más funcionarios que los necesitados para el desempeño de sus servicios peculiares, civiles o militares, con sujeción a las disponibilidades y potencia de su nación, y habida cuenta, proporcionalmente, de las demás clases de la misma. La razón no puede ser más elemental. Veámosla.

LOS IMPUESTOS DEL ESTADO Y EL DINERO
DEL CONTRIBUYENTE.

II.- EL DINERO CON QUE EL ESTADO Y SUS CORPORACIONES SUFRAGAN LOS SUELDOS NO ES DINERO PARTICULAR DEL QUE PUEDAN DISPONER A SU TALANTE.- Es el dinero que, año por año, van recibiendo, mediante los tributos y exacciones correspondientes, de sus súbditos, a los que no tienen derecho a exigirselo sino en la medida estrictamente necesaria para el desempeño y prestación de los servicios públicos, ordenados y dirigidos al bien general.

Ni el Estado ni ninguna de sus Corporaciones tienen derecho al dinero de los ciudadanos sino en cuanto es necesario a la gerencia del bien común que les está confiada.

Por lo tanto, todo el dinero que el Estado y sus Corporaciones Provinciales o Municipales recauden, mediante cualquier género de tributación o impuesto para destinarlo no a cubrir los gastos que origine la supradicha gerencia del bien general, sino a sufragar gastos de mero lujo o sueldos de funcionarios innecesarios para el desempeño de los servicios públicos, es un dinero injustamente adquirido, es un tiránico disponer de lo ajeno.

Y sin embargo, la mayoría de los Estados modernos, de espaldas a estas taxativas enseñanzas de la Iglesia, se lanzan a asumir cada día nuevas funciones, y a saturarlas de un exceso de personal tan debordante que, hoy día puede afirmarse que, desgraciadamente, no pocos de los Estados modernos destinan la mayor parte del fondo enorme de sus presupuestos "fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos" al mantenimiento de estos ingentes ejércitos de funcionarios de todas clases, con las obligadas repercusiones, que más o menos a la larga, trae ello sobre la economía harto débil y quebrantada de las clases populares.

...../----

EL ABSORBENTE AFAN DE MULTIPLES ATENCIONES

III.-- EL ESTADO NO TIENE DERECHO A ARROGARSE FUNCIONES QUE PUEDEN DESEMPEÑARLAS OTRAS SOCIEDADES O AGRUPACIONES.

Y es menester consignarlo, porque la multiplicidad de funciones que ha de desempeñar, suele ser el motivo que, como razón, suele invocarse para justificar la muchedumbre ingente de funcionarios de que hoy más que nunca se encuentran plétóricos los Estados y sus Corporaciones.

Y no caen en la cuenta de lo que el Derecho Natural, de perfecto acuerdo con la doctrina de la Iglesia, enseña y proclama sobre esto.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII lo resumía en su espléndido discurso a los nuevos Cardenales, recordando las enseñanzas en este punto de su ilustre predecesor.

"Nuestro predecesor de feliz memoria, Pío XI, en su encíclica sobre el orden social "Quadragesimo Anno", sacaba --dice-- de este mismo pensamiento una conclusión práctica. mientras que anunciaba un principio de valor universal, a saber: Que aquello que los individuos en particular pueden hacer por sí mismos y por sus propias fuerzas no se les debe arrebatarse y traspasar a la comunidad.

"Principio que tiene igual valor cuando se trata de sociedades e agrupaciones menores, de orden inferior, respecto de las mayores y más elevadas. Porque así procedía el sabio Pontífice, toda actividad de la sociedad, la cual es por naturaleza subsidiaria, debe servir de sostén a los miembros del orden social, y jamás destruirlos y absorberlos".

"Queda en la filosofía social fijo y permanente aquel importantísimo principio que ni puede ser suprimido ni alterado: como es lícito quitar a los particulares lo que con su propia iniciativa y propia industria pueden realizar para encomendarse a una colectividad, así también es injusto y al mismo tiempo de grave perjuicio y perturbación del recto orden social, avocar a una sociedad mayor y más elevada lo que pueden hacer y procurar comunidades menores e inferiores" aseveraba, en efecto, taxativamente y sin rebozo, el Papa Pío XI.

Y deduciendo la consecuencia que de ese principio se deduce, añadía: "Conviene que la autoridad pública suprema deje a las asociaciones inferiores tratar por sí mismas los cuidados y negocios de menor importancia que de otro modo le serían de grandísimo impedimento... quedando en pie el principio de la función "supletiva" del Estado".

SI SE PRACTICASEN LAS ENSEÑANZAS
PONTIFICIAS.....

¿Os dais cuenta de los millones y millones que dejarían de sustraerse a la renta nacional y que, sin depreciación de la moneda y con auge del público bienestar, pudieran invertirse en pro de las clases menos acomodadas, con que el Estado prac-

ticase esa norma pontificia en el órden docente ,económico y social?.

Y ello, sin mengua, antes bien con acrecentamiento del prestigio y del poder del Estado, cuyo desprestigio y cuyos fracasos, proceden precisamente del afan de querer convertir en funciones absorbentes y exclusivas, muchas de las que debieran ser correctivas y a lo sumo "supletivas"

Por eso cabalmente subraya, condoliéndose, la misma Enciclica, "los daños gravísimos que han nacido de la confusión y mezcla lamentable de las atribuciones de la autoridad pública y de la economía y valga como ejemplo, uno de los mas graves, la caída del prestigio del Estado".

Urge por lo tanto que los Estados modernos, sacudiendo, de una vez, la política absorbente y totalitaria y socializante de la que, en mayor o menor grado, casi todos ellos adolecen, y sin recaer en la antítesis de un liberalismo trasnochado que querría reducirnos al papel de simples gendarmes, se atengan a la concepcion recta y justa del Estado, tal cual los Romanos Pontífices tantas veces la han expuesto, dejándose de megalomanías e hipertrofias funcionales que, aparte de los daños ya apuntados, suelen acarrear indirectamente uno, en que no suelen parar mientes las gentes y que, sin embargo, es de consecuencias desastrosas, similares a las del imperialismo exterior de que nos ha hablado el Papa en el mismo discurso poco ha citado, y con el que tan estrechas analogías tiene este otro imperialismo interior del funcionarismo estatal, absorbente y centralizador.

EL DEBER DE EXTIRPAR LOS LUJOS Y EL DESPILFARRO.

Intimamente ligados asimismo con la inflacion monetaria, la carestía de la vida y la miseria popular están el lujo y el despilfarro.

Pocas circunstancias tan aptas como las presentes para poder comprobarlo.

LA ESPANTOSA TRAGEDIA DE LA TUBERCULOSIS.

Estos mismos dias y con motivo de ciertas disposiciones atañentes a algunos pobres enfermos del Sanatorio Antituberculoso, por ejemplo, les ha sido dado contemplar con sus propios ojos, a algunos de los que se obstinan en tenerlos cerrados, lo que muchos sabíamos por testimonios públicos de Doctores de Medicina, publicados en los periódicos de este mismo año.

"En nuestra isla de Gran Canaria --escribía uno de ellos-- está planteado el problema de la tuberculosis en terminos verdaderamente patéticos, a la hora actual. Asombrosamente camina su propagación, su poder virulento. Las listas demográficas están colmadas de estas defunciones. El Sanatorio provincial es insuficiente al porcentaje de enfermos que, alarmantemente, la calle le arroja. En consecuencia en las viviendas particulares, sobre el arroyo, ha de quedar el resto con toda su inhumanidad y siembra de peligros públicos.

"El decantado venero de nuestro clima nos aseguraba el mayor tesoro para los

pueblos: el de la salud. Y por antídoto ideal de la tuberculosis, como axioma científico y universal, dábase la excelencia de nuestro clima. Pues bien --repitámoslo-- en la escala demográfica isleña el número de muertos por tuberculosis va poniendo espanto y proporción de invadidos igualmente. ¿Calculáis el vasto círculo de sus gestiones dramáticas y agoreras, que no solo para el presente, sino para el porvenir, plantea el hecho? Nuestro pueblo, orgulloso del tesoro de su salud y en brindis largo de ella, vuelto al mundo con el pregon de su clima, si no ponemos remedio, se precipitara al abismo. ¿Habría que inscribir sobre las montañas que dan abrigo al puerto suntuoso el dantesco "dejad toda esperanza"?

"Nunca se hizo mas obligado el toque a rebato, aunque nos duela tirar de la campana plañidera".

De la influencia innegable que en el espantoso desarrollo de la peste blanca en nuestras islas tiene la carestía de la vida dan testimonio las estadísticas y pueden hablar con autoridad indiscutible los propios señores médicos.

Por eso, dígasenos si cabe conducta mas ajena, no ya al cumplimiento de uno de los mas graves deberes de cristianos, sino a los simples y mas elementales sentimientos humanos, que la de los lujos y los despilfarros a que, en centros de diversion y recreo, se entregan habitualmente no pocas personas en estas circunstancias y en estos mismos dias en que tuberculosos con baciloscopia positiva se encuentran en la calle sin cama en el Hospital, sin entrada en el Sanatorio y hasta sin domicilio, o con domicilio en que se carece de todo.

El que en épocas como la nuestra de tan generalizadas necesidades, no tan solo graves, sino extremas, se derrochen sumas ingentes en lujos excesivos, constituye uno de los pecados mas graves que contra la caridad y la justicia social puedan cometerse.

Y reviste ello caracteres de mayor gravedad todavía, si las que los cometen son las propias Corporaciones Municipales, Provinciales o Estatales.

RECIO LENGUAJE.

Por eso aseveraba solemnemente el Papa Pío XI que es menester que el Estado y sus Corporaciones ofrezcan la alta ejemplaridad de su conducta en todo y, sobretodo, en la "prudente y sobria administración" de los "fondos enormes" de sus presupuestos, "fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos".

Estas últimas frases estan literalmente tomadas de la Enciclica "Divini Redemptoris".

Son del mismo recio temple de las que usaban los Santos Padres y que tan del gusto eran de los grandes teólogos y escritores de nuestros siglos de oro.

"No es justo--escribía el célebre P. Juan de Mariana--lo que se ha de gastar pa-

ra tranquilidad del Estado se invierta en usos particulares o en una magnificencia inútil o en cosas de pura fiesta y de recreo; ni lo es que los recursos de la república se empleen para aumentar el poder y las riquezas de unos pocos hombres. Conviene, pues, que el rey sea muy coloso en el examen de las rentas y en la inversión del erario público. Sepa y entienda que los tributos pagados por el pueblo no son suyos, que no van a parar a sus manos sino para que los consuma en la salud del reino."

Tal era el vigoroso lenguaje que acostumbraban emplear aquellos hombres; lenguaje que empezó a ser aborrecido por algunos gobernantes; lenguaje que resultó luego intolerable en absoluto a aquellos otros de la "protección a la Iglesia", pero protección desconfiada y suspicaz que se alarma ante la firmeza de un párroco o la pastoral de un Prelado", de que hablaba Balmes, y que, sin embargo, era el lenguaje magistral de Francisco de Vitoria y de sus seguidores; el lenguaje áureo de aquellos gloriosos tiempos de la libertad intelectual y teológica, rectamente entendida, enfocada y practicada, y que, en frases del egregio catedrático y escritor don Carmelo Vías, "fue el blasón más alto de la España de otrora, y el secreto de la dorada plenitud que alcanzó entonces nuestro pensamiento".

AUSTERIDAD EN LA ADMINISTRACION DE LOS PRESUPUESTOS.

Afirmamos pues quem para que el Estado pueda, en circunstancias como las presentes, imponer a los ricos la austeridad imprescindible en el empleo de sus rentas libres, como es su deber, es indispensable que empiece, a su vez, por servir de ejemplo a todos los demás con la austera administración de los fondos enormes de sus presupuestos.

La razón no puede ser más obvia. A fin de cuentas, los bienes de los particulares tienen un doble carácter, individual y social, es decir que le han sido otorgados al hombre para su propio provecho y el de la sociedad, mientras que los millones que las Corporaciones Estatutales, Provinciales y Municipales manejan en sus presupuestos tienen un fin exclusivamente social. "Omnia sunt principum ad gubernandum, non ad procurandum sibi, nec ad dandum aliis", dice en su lapidario, irrefragable estilo el Doctor de Aquino.

Es lo que en el suyo, clásico y recio, expresaba el P. Mariano como hemos visto. Y es lo mismo que a su vez enseñaba, en su augusto magisterio, el Papa Pío XI, según lo hemos también recordado.

¿Conforme a qué reglas debe proceder el Estado en eso? Conforme a las de la justicia más cumplida, como se deduce de las citadas frases de León XIII en la más célebre de sus Encíclicas sociales: "son los proletarios con el mismo derecho que los ricos y por su naturaleza ciudadanos, es decir, partes verdaderas y vivas de que, mediante las familias, se compone el cuerpo social, por no añadir que en toda ciudad es la suya la clase sin comparación la más numerosa; Pues como sea absurdísimo cuidar de una parte de los ciudadanos y descuidar otra, síguese que debe la autoridad pública tener cuidado conveniente del bienestar y provechos de la clase proletaria; de lo contrario violará la justicia, que manda dar a cada uno su derecho".

.../...

Véase ahora si proceden con sujeción a esa áurea e inflexible regla de justicia -y vamos a decirlo sirviéndonos, de las frases de uno de nuestros más insignes sociólogos- "Los Estados, Diputaciones, Ayuntamientos y otras entidades de derecho público, que manejando de ordinario cantidades fabulosas de millones en sus presupuestos despilfarran excesivas cantidades de los mismos en gastos de puro lujo o de ridícula vanidad cuando hay de por medio necesidades perentorias en la clase pobre".

No se pierda nunca de vista que el fin de la sociedad civil no es ni el lujo ni el esplendor, ni el poderio, ni siquiera la riqueza del propio Estado sino el público bienestar de todos sus miembros. Que el excluir a una determinada clase de este bienestar es una injusticia por parte del Estado, y que esta injusticia es enorme si la clase preterida o menos atendida es precisamente la clase a la que, por justicia distributiva, debe el Estado peculiar cuidado y providencia, cual es la clase pobre y proletaria en general.

"Entidades que así proceden miran demasiado al rico o a sí mismas, y demasiado poco al pobre, conforme a una visión falsa del capitalismo que la Iglesia no quiere aceptar".

Por eso no podemos creer que, en momentos como éstos, en que la extensión cada día mas aterradora de la tuberculosis entre nosotros está originando tragedias de necesidad extrema, como las que en estas mismas páginas hemos señalado, pueda haber Corporaciones que inviertan el dinero de que esos infelices desgraciados necesitan para vivir, en la construcción, v. gr. de piscinas que desgraciadamente suelen degenerar, en la mayor parte de las ciudades, en focos de inmoralidad, que, por cierto, no es ningún antídoto contra la tuberculosis.

Aparte de que todo derroche en gastos desproporcionados, o de mero lujo, por parte del Estado y de sus Corporaciones, acarrea la inflación y depreciación monetarias, que se traducen en carestía y miseria para las clases populares.

E P I L O G O

Una vez mas, como veís, hemos elegido, por tema de una Carta Pastoral, un problema, al parecer, de índole material. Aunque a nadie debiera sorprenderle, aun cuando solo

Cuestiones de índole material son las de dar de comer al hambriento y de beber al sediento y posada al peregrino, y, sin embargo, constituyen otros tantos deberes, gravísimos no pocas veces, de caridad y aun de justicia, consignados en casi todos los catecismos de la Doctrina Cristiana.

Tanto mas cuanto que, como lo ha dicho recientemente un gran sociólogo, "puesto que los problemas sociales son, en su estrato mas hondo, problemas tecnológicos, debe estar presente en ellos, el tecnólogo, el homo Dei, el sacerdote. Y la presencia del sacerdote en los problemas sociales tiene una doble expresión"; en primer lugar, la de la predicación evangélica, "el instruir a los fieles con la palabra y por escrito, acerca de todo lo que se refiere a la fé y a las costumbres, porque el orden moral, los mandamientos de Dios sirven lo mismo para todos los campos de la actividad huma-

na, sin excepcion alguna y hasta donde llegan ellos, hasta allí se extiende tambien la accion del sacerdote". (Pío XII).

En segundo lugar, "la de la accion o conducta personal del sacerdote, inflamado en el amor a Dios y al prójimo, hipersensible a las penalidades e injusticias de que es víctima su grey....".

Con tanta mayor razon cuanto que problemas, como el presente, de índole meramente material al, parecer, si no se resuelven con la justicia y prontitud debidas, tienen hondas, lamentabilisimas repercusiones en el órden moral, en la misma vida sobrenatural.

Con el corazon oprimido de tristeza lo está comprobando con sus propios ojos vuestro Obispo, en esta su nueva Visita Pastoral..

Cordialmente os bendecimos a todos en nombre del Padre, y del Hijo y del Espiritu Santo.

Las Palmas de Gran Canaria; Septiembre del año del Señor de 1946.

ANTONIO, Obispo de Canarias.

*
*